

González de Oleaga, Marisa y Bohoslavsky, Ernesto (Comps.)

El hilo rojo. Palabras y prácticas de la utopía en América latina

Buenos Aires: Paidós, 2009, 324 pp.

¿Qué tienen en común las utopías literarias de los socialistas y anarquistas de principios del siglo XX con las experiencias de los galeses en la Patagonia, las colonias religiosas en el Paraguay y el movimiento piquetero argentino? Desde una visión historiográfica tradicional podríamos decir que poco, ya que se trata de fenómenos inconmensurables entre sí, aunque todos comparten idéntica necesidad de transformar la realidad que les tocó en suerte y de imaginar otros mundos posibles. A partir de una asumida imbricación entre lo político y lo académico, *El hilo rojo* propone “mostrar la enorme riqueza imaginativa, social, política y económica que existe y existió en términos de experiencias sociales autogestivas en el continente, reflatando, creando y recreando una tradición” (p. 23). La figura metafórica de un hilo simultáneamente rojo e invisible que, según una leyenda china, uniría a las personas destinadas a encontrarse, ha permitido a los compiladores Marisa González de Oleaga y Ernesto Bohoslavsky trascender las habituales divisiones temporales y espaciales que constituyen el norte de los estudios históricos y reunir en un mismo libro experiencias utópicas separadas por dos siglos y miles de kilómetros de distancia. Pero, más allá de la originalidad temática de la obra y del modo de estructurarla —que podría ser discutido si eso nos interesara—, esta reseña hace hincapié en la valiosa reflexión que el texto plantea acerca de las formas narrativas y las diversas temporalidades

del relato histórico, así como sobre la propia implicación del historiador en la construcción de la realidad en tanto sujeto político de su época.

Desde este lugar, *El hilo rojo* es en sí mismo una práctica utópica, al comprender a la historia como una construcción colectiva en la que el relato historiográfico es uno más de los muchos relatos posibles y las formas narrativas no son meros accidentes retóricos sino materiales sustanciales en la disputa por la legitimidad de dicha construcción. En este sentido, el libro plantea la posibilidad —y la necesidad— de concebir una historiografía que no se desentienda de la dimensión política que conlleva el “narrar la historia”, alejándose de pretendidas objetividades de corte positivista y haciéndose cargo de la potencialidad transformadora de la ciencia, en este caso, de la ciencia histórica.

Desde un punto de vista formal, *El hilo rojo* es una *rara avis* dentro del espectro editorial de divulgación académica. Dirigido tanto a públicos especializados como a neófitos en la materia, en sus páginas reúne 18 trabajos que atraviesan los más diversos formatos narrativos y estrategias metodológicas, desde el artículo académico hasta el testimonio en primera persona; desde el análisis documental hasta la historia oral y el análisis fotográfico. Tamaña diversidad tal vez obedezca a las también diversas procedencias y trayectorias de sus autores, entre los que se incluyen historiadores, comunicadores, sociólogos y antropólogos de cuatro continentes; académicos brillantes y militantes de diversas causas sociales, docentes investigadores y trabajadores de la cultura; en algunos casos, todo al mismo tiempo.

Con referencia a su estructura, el libro comienza con una introducción a cargo de los dos compiladores, destacados investigadores de España y Argentina que

participaron junto a varios de los autores en el proyecto “Liberalismo y utopía en América Latina”, dirigido por González de Oleaga. En la primera parte de la obra, titulada “Palabras e imágenes de la utopía”, se incluyen cuatro trabajos que presentan visiones utópicas desde el ámbito literario y periodístico. La socióloga Laura Fernández Cordero repasa tres ideaciones textuales de la Buenos Aires futura, gestadas por autores socialistas y anarquistas a comienzos del siglo XX, y focaliza en las distintas maneras de producir ciudadanos ideales a través de la reglamentación de lo cotidiano. El investigador mexicano Efrén Ortiz Domínguez analiza por su parte la actualidad distópica de la ciudad de Xalapa en relación al imaginario social que sostiene que allí se encarnó la utopía de los poetas estridentistas (vanguardia artística surgida en la década de 1920) de crear su propia ciudad ideal, Estridentópolis. En los últimos dos artículos, Adriana Petra aborda los vínculos entre ciencia y utopía en el pensamiento del anarquista Pierre Quiroule, mientras Federico Randazzo repasa las ideas expresadas por la prensa del mismo origen en el periódico obrero *La Agitación* (1901) de Bahía Blanca.

La segunda parte, “Política, religión y utopía”, reúne cinco textos en los que se abordan diversas experiencias atravesadas por esos ejes. El trabajo de Verónica López Tessore se refiere a las prácticas religiosas de la iglesia rosarina en las décadas de 1960 y 1970, generadoras de un espacio de participación comunitaria cuya inscripción en la memoria colectiva llega hasta el presente; en tanto Yaacov Oved recupera la experiencia autogestiva de la Sociedad de Hermanos en Paraguay, una secta anabaptista pacifista que llegó a Sudamérica en 1940 huyendo del conflicto bélico europeo. Por su parte, el historiador Ernesto Bohoslavsky establece las

bases para reflexionar sobre la relación entre territorio y utopía en su artículo sobre la inmigración galesa en la Patagonia durante el siglo XIX; mientras que Nerina Visacovsky aborda las prácticas asociativas de los obreros textiles de origen judío en Villa Lynch a mediados de la centuria siguiente. El último texto de la segunda parte corresponde a la editora González de Oleaga, quien analiza el devenir de las colonias menonitas establecidas en Paraguay a partir de 1930 y los vínculos que construyeron con la comunidad local, llegando a definir las como “un *Estado benefactor dentro del débil y autoritario Estado paraguayo*” (p. 152).

El tercer apartado, que lleva el sugestivo título de “Construcción de mundos y prácticas alternativas”, comprende tres trabajos que analizan fenómenos históricos más recientes, como el de Gabriela Wyczykier sobre los modelos de autogestión de tres empresas recuperadas por trabajadores argentinos con posterioridad a la crisis económica de 2001, el testimonio de Ernesto Lamas y Ximena Tordini acerca de la experiencia de comunicación alternativa que desarrollan desde la radio FM La Tribu en la ciudad de Buenos Aires, y el artículo de Bruno Fornillo sobre la creación del Frente Popular Darío Santillán y su apuesta de autonomía en el seno del movimiento piquetero argentino. Los otros dos textos que integran esta tercera parte remiten a realidades alejadas en el tiempo y en el espacio de las anteriores: mientras Carlos Illades analiza las dificultades atravesadas por dos comunidades utópicas socialistas instaladas en Estados Unidos y México a finales del siglo XIX (La Logia y La Reunión), la investigadora australiana Anne Whitehead se refiere a las experiencias desarrolladas en la misma época en Paraguay por un grupo de compatrio-

tas suyos, a partir de la creación de las colonias Nueva Australia y Cosme.

La cuarta y última parte, titulada “Relatar, estudiar y recrear las utopías”, se inicia con un artículo de la investigadora pampeana María Silvia Di Liscia acerca de la utopía científica imaginada por el naturalista suizo Moisés Bertoni, quien se instaló con su familia en Paraguay en la última década del siglo XIX y se dedicó a estudiar la naturaleza y la población de la región. La colonia creada por el estudioso en tierras cedidas por el Estado paraguayo, Puerto Bertoni, es analizada en detalle en el trabajo siguiente, a cargo de Danilo Baratti y Patrizia Candolfi, docentes de historia en la Suiza italiana y biógrafos de Bertoni.

Tanto el último artículo de la cuarta parte, realizado por Federico Lorenz, como la coda escrita por González de Oleaga, presentan las líneas principales para el debate sobre historia, memoria y narración al que nos referíamos al comienzo y que constituye un valioso trasfondo para iluminar, de una forma u otra, todos los trabajos presentados en este volumen. A partir del relato de su propia implicación en el proceso de investigación sobre la radicalización política de los trabajadores navales de Tigre durante los años setenta, Lorenz reflexiona sobre la escritura de la historia y las posibilidades de imaginación del futuro que brinda. “La intervención del historiador —sostiene— no es el mero ejercicio intelectual que vuelve inteligible el pasado, sino el mecanismo mediante el cual las experiencias de lucha son apropiadas de un modo crítico que permite instalar un nuevo horizonte emancipatorio” (p. 300). En el mismo sentido, González de Oleaga se pregunta cómo pueden los historiadores contribuir a la apropiación crítica de las experiencias utópicas y qué tipo de relatos propician esa incorporación activa.



En su conocida indagación sobre el relato histórico, Hayden White (*El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona: Paidós, 1992) afirma que la historia pertenece a la categoría de lo que podría denominarse un “discurso de lo real”, frente al “discurso de lo imaginario” o el “discurso del deseo”, y el principal atractivo de la narrativa histórica radica en que “hace deseable lo real” al presentar los acontecimientos como dotados de una coherencia formal a la que como lectores aspiramos. Sin embargo, ambos órdenes discursivos, el de lo real y el de lo imaginario, se imbrican en *El hilo rojo* en las narrativas que abordan, desde la historia y la memoria, los mundos imaginados por las experiencias utópicas en América Latina, y a la vez habilitan —también desde la historia y la memoria— la posibilidad de imaginar y construir nuevos mundos posibles.

Paula Inés Laguarda

IESH - UNLPam / CONICET

